

7. LA VID Y LOS SARMIENTOS

Introducción. Lo sepamos o no, lo digamos o no, la unidad es nuestra máxima aspiración. Nos sentimos bien cuando estamos unidos. Nuestro principal problema es que estamos separados y divididos unos de otros y de nosotros mismos. Hoy nos encontramos con una parábola que nos introduce en este misterio de comunión o de ruptura generalizada. Es un «discurso mediante imágenes» o «discurso metafórico». Y Jesús quiere darnos la luz y la explicación de porque nos vivimos rotos por dentro, enfrentados unos a otros. Lo que busca con esta parábola es recomponer esta unidad primordial.

Lo que Dios nos dice. *«Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento que no da fruto en mí lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará. Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos» (Jn 15,1-8).*

Nosotros no estamos siempre conectados a la vid, sino más bien dispersos, separados, y sin darnos cuenta nos secamos y nos sentimos fuera, desterrados, extraños, solos. No es que separados seamos menos, es que no somos nada. San Juan lo tiene claro: los sarmientos que no dan fruto alguno son «cortados», mientras que los que tienen flores son «podados». La tristeza que a menudo aparece en nuestros ambientes se debe a que estamos llamados a ser una fruta jugosa y dulce y, y por separarnos, hemos quedado reducidos a estar secos y desaparecer. La buena noticia de la parábola es que podemos ser podados y limpiados para dar más fruto, y lo que nos poda y nos limpia es la Palabra de Jesús. La palabra griega que aquí se traduce con «podar» suele traducirse con «limpiar». En nuestra parábola se hace referencia solamente al corte que se realiza durante el período de crecimiento, ya que justamente en ese corte se eliminan todos los sarmientos que no fructifican, mientras que los que tienen muchas flores son «podados». Un sarmiento sólo puede dar fruto si por él fluye la fuerza de la vida. Si nosotros somos los sarmientos y queremos dar fruto, nuestra atención no se fija en los frutos, sino en la vid. Sin esta conexión, nada de lo que hagamos será sólido o duradero. Lo que hace madurar los frutos es la fuerza de la vid, no el esfuerzo de los sarmientos. Nuestra atención debe fijarse en la vid que es Jesús y no en la maduración de los frutos, en nuestro crecimiento personal o nuestra eficacia profesional o laboral. El reino de Dios se parece a lo que ocurre con una vid. Los sarmientos que no permanecen unidos a la vid serán tirados y se secarán. Se los recoge, se los arroja al fuego y arden. Vivimos en tiempos de autoexigencia, de superproducción, de confundir el ser con el hacer. La consecuencia es que hay que acabar con los que no producen, puesto que no sirven para nada. La «enseñanza» se encuentra al comienzo de la parábola: Dios es el viñador, Jesús es la vid, los discípulos somos los sarmientos. Se expresa sobre todo con las voces de los verbos «permanecer» (siete veces) y «dar fruto» (cinco veces). Al final aparece entonces la gran promesa: *«Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo obtendréis»*. Gracias a este entrelazamiento entre «permanecer» y «dar fruto» vamos aprendiendo la íntima conexión que hay entre acoger y recibir y dar y compartir.

En efecto, Jesús abre aquí su discurso con la presentación de sí mismo en la frase *«yo soy la verdadera vid»*, y habla en primera persona varias veces a lo largo del texto. Recibamos esta parábola con una mirada y escucha atentas harán que el observador reconozca con cuánta exactitud y fidelidad destella el ser de Jesús.

Como podemos vivirlo. Necesitamos palabras sanadoras, palabras que nos recuerden el valor que Jesús les da a nuestras vidas y la identidad divina que se nos ha dado. Con capacidad de dar frutos, de dar vida eterna. Frutos que permanezcan llenos de ese amor que nunca pasará. La presencia de Jesús en nosotros se va desplegando como luz, paz, alegría, amor que brillan en el mundo a través de nuestra humanidad. Permanecer junto a Jesús en las buenas y en las malas, en esos momentos en los que pesa la aridez, las dificultades. No seguimos a Jesús por las gratificaciones, recompensas o beneficios. Sino simplemente por amor, por lealtad, porque comprendemos que esta es nuestro lugar y esta es nuestra misión. Permanecemos porque somos sostenidos por Otro que sí que permanece siempre fiel con cada corazón que el acoge.